

LA CRISIS ESTRUCTURAL DEL CAPITALISMO

HAUG, WOLFGANG FRITZ: *Hightech-Kapitalismus in der Großen Krise*, Hamburg, Argument Verlag, 2012, 366 pp.

Es ciertamente un panorama sombrío el que nos presenta el filósofo marxista Wolfgang Fritz Haug en su reciente libro *Hightech-Kapitalismus in der Großen Krise*, en el que analiza en profundidad los aspectos fundamentales de la crisis del capitalismo transnacional de “alta tecnología”, último avatar del sistema capitalista. La obra se divide en dos grandes bloques, el primero dedicado a la crisis financiera y el segundo a la crisis de la hegemonía. En ella se presenta, a partir de un enorme acopio de datos y material empírico, un detallado estudio teórico de las estructuras y tendencias sistémicas más importantes de la nueva forma de capitalismo basado en la computación y en la tecnología de la información, en el que el desarrollo de las fuerzas productivas está caracterizado por una dimensión esencialmente tecnológica. Esta nueva forma de capitalismo ha desbordado definitivamente los límites del Estado-nación y se ha establecido de manera ineludible como sistema global, en el que las estructuras económicas y políticas dominantes trascienden a los distintos países. En cualquier caso, por muy profundos que sean los cambios experimentados por el sistema productivo, su estructura básica sigue manteniendo elementos fundamentales inalterados que hacen que éste siga siendo capitalismo, y que permiten por ello que las categorías de Marx sigan siendo operativas para llevar a cabo el análisis y la crítica del mismo. A partir de ellas, Haug

realiza una investigación de los fenómenos económicos y los conflictos geopolíticos actuales, analizando desde una perspectiva marxista los procesos subyacentes del capitalismo tecnológico transnacional.

La “Gran crisis” a la que se refiere el título del libro es la crisis estructural en la que se encuentra sumido actualmente el sistema capitalista, la cual no sólo es más profunda que las crisis cíclicas de valorización de las últimas décadas, sino que tiene características diferenciales que la hacen mucho más compleja y destructiva, con efectos que trascienden el plano económico. Se trata de analizar lo que constituye un verdadero cambio de época, y para ello Haug se centra en los elementos nuevos y característicos que presenta la crisis actual frente a las crisis anteriores del sistema. En el curso de su investigación, pone de manifiesto cómo los cambios a que ha dado lugar el desarrollo de las nuevas tecnologías y la subsiguiente crisis económica global no han afectado sólo al sistema productivo, sino a todos los niveles de la sociedad y del Estado, que se han visto arrastrados hacia nuevas formas de organización. Especialmente significativos en este sentido son los fenómenos del imperialismo y de la hegemonía, a los que el autor dedica un extenso análisis a lo largo de la obra, basándose para ello en el instrumental teórico de Gramsci, si bien extiende el uso de sus conceptos y los aplica más allá de las relaciones de clase.

El análisis de la crisis financiera realizado en la primera parte del libro pone de manifiesto los efectos destructivos que ha tenido la especulación relacionada con la tecnolo-

gía de la información, que ha provocado una forma de crisis que se diferencia en aspectos esenciales de las crisis que ha generado la especulación asociada a anteriores configuraciones del sistema capitalista. El efecto de aceleración de las operaciones y las nuevas potencialidades de beneficio que abre incesantemente la alta tecnología han alterado de manera sustancial la fisionomía del sistema y han aumentado los efectos destructivos de la crisis. El punto álgido de este proceso tuvo lugar con la especulación asociada a la tecnología de internet, que culminó con el estallido de la burbuja “punto com”. Tras este colapso, la economía financiera se dirigió hacia el sector inmobiliario, generando un círculo vicioso en el que se vio atrapado finalmente el sistema: se financiaron las hipotecas a un reducido interés y se incrementó de manera ininterrumpida el crédito a los compradores de viviendas, haciendo que el precio de las casas sirviera de base a nuevos créditos al consumo y permitiendo con ello que el sistema se alimentara a sí mismo. La insostenibilidad del proceso hizo que los fondos inmobiliarios comenzaran a perder su valor en bolsa, lo que llevó a los bancos a los límites de su capacidad de pago. La crisis a la que se vio abocado el sistema crediticio se pudo aplacar inicialmente con ayudas estatales, pero ello condujo finalmente a la crisis de deuda de los Estados y al colapso generalizado del sistema, alimentando en este proceso a una oligarquía global de inversores financieros que absorben parasitariamente los intereses crecientes de la deuda.

El análisis que realiza Haug desde una perspectiva marxista pone de manifiesto que en última instancia se trata de una crisis de sobreacumulación, la cual es consecuencia de la caída tendencial de la tasa de be-

neficio producida por la creciente sustitución de fuerza de trabajo por maquinaria en el conjunto del proceso de producción. El exceso de oferta de dinero y las bajas expectativas de beneficio en inversiones productivas hicieron que grandes sumas de capital se derivaran hacia el sector financiero, generando nuevos instrumentos para drenar el flujo creciente de capital. Haug analiza de manera detallada el papel jugado en la crisis por los instrumentos financieros y por la especulación, pero destaca que los responsables últimos no son los mercados financieros, tal y como afirman la mayor parte de los economistas tanto de derechas como de izquierdas, y menos aún las deficiencias “morales” de las personas que han gestionado el sector financiero, como sostiene la estéril tendencia a la personificación instalada de manera generalizada en la opinión pública. Un análisis de la crisis centrado en los mercados financieros se mueve únicamente al nivel de los síntomas, y es impotente para descubrir las causas que han dado lugar al predominio de los mercados financieros en el proceso económico. De lo que verdaderamente se trata, según Haug, es de una crisis de la “economía real”. Las burbujas especulativas han acompañado siempre al capitalismo, pero sus efectos destructivos varían en función de las condiciones estructurales en que se presentan. Haug sostiene que la virulencia de la actual crisis financiera se debe a un problema más fundamental, del cual la crisis financiera no es causa, sino resultado: la tendencia inmanente del sistema a la valorización del capital, que destruye inexorablemente sus propias condiciones de existencia. La distribución cada vez más limitada del plusvalor da lugar a una disminución de la capacidad adquisitiva de las masas, lo que impide que el capital

realice el proceso que requiere para su propio incremento. En la medida en que una porción cada vez mayor de la población es expulsada del ciclo productivo, la falta de ingresos se traduce en una disminución drástica en el consumo de los bienes producidos. Sin una demanda solvente de estos bienes, no puede haber acumulación de capital en la economía real. Esta falta de demanda efectiva desvía la inversión de capital a productos financieros, que se convierten en el motor de la economía capitalista. Lo que es nuevo en la crisis actual son las posibilidades de hacer frente a los efectos destructivos de la sobreacumulación de capital a través de nuevos productos financieros, que han permitido extender las cadenas de crédito más allá de los límites tradicionales. Sin embargo, esta solución temporal ha tenido como efecto una mayor destructividad de la crisis cuando ésta finalmente ha hecho erupción.

En suma, el análisis de Haug pone de manifiesto que la formación de burbujas financieras y su inevitable estallido ha sido resultado de la crisis de un sistema productivo que está dirigido necesariamente, por su propia constitución interna, a un crecimiento permanente. No se trata de la codicia de los banqueros, sino de las leyes immanentes que rigen el sistema capitalista, del que los banqueros y grandes empresarios son ciertamente los principales beneficiarios, pero no los responsables de su modo de funcionamiento. El planteamiento de Haug en este sentido está dirigido a impugnar el lugar común de que los mercados financieros son malos y la economía real es buena. Para ello se esfuerza en poner de manifiesto que el capital financiero y el capital real están inextricablemente unidos en el proceso de sobreacumulación de capital. Es el estancamiento de

la economía real lo que hace que el capital no encuentre posibilidades de inversión lucrativa en los sectores productivos y se derive hacia inversiones sustitutivas en el sector financiero. Puesto que las cadenas de crédito no pueden prolongarse indefinidamente, llega un momento en que estalla la crisis del crédito, que lleva a una crisis financiera mundial, generando la destrucción masiva de capital. De este modo, Haug desvela la génesis de la crisis basándose en el aparato conceptual de Marx, y apoya en todo momento su análisis en una multitud de datos económicos actuales que ponen de manifiesto la pertinencia de las categorías utilizadas.

En la segunda parte del libro, centrada en la crisis de la hegemonía, Haug analiza la crisis política que ha acompañado a la crisis económica global, y plantea en qué medida el fin de la larga etapa de desarrollo económico implica a su vez el fin de la hegemonía estadounidense. Establece una distinción entre el imperialismo, que supone relaciones de explotación y sometimiento basadas en la fuerza, y la hegemonía, que significa la capacidad de generar consenso y establecer normas vinculantes a nivel internacional. Actualmente los Estados Unidos siguen disponiendo del monopolio de la fuerza, y dominan también las relaciones financieras globales, pero la multipolaridad del mundo comienza a poner en duda su capacidad de controlar el escenario geopolítico internacional.

En este sentido, Haug pone de manifiesto que los desplazamientos de las relaciones políticas mundiales que han tenido lugar a comienzos del siglo XXI son tan profundos como los que tuvieron lugar en la última década del siglo XX con la implosión de la Unión Soviética. Con el fin del sistema comunista pareció que Estados Unidos

se había establecido definitivamente como única superpotencia mundial, pero en poco tiempo las economías asiáticas se erigieron en centros neurálgicos del capitalismo global, con China como actor principal de un desarrollo económico imparable. Con ello la larga hegemonía de los Estados Unidos ha entrado finalmente en crisis, desarrollándose un nuevo escenario mundial con diversos epicentros de poder. Por un lado, las grandes multinacionales y las organizaciones como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial establecen las condiciones para que la valorización del capital sea lo más fluida posible, y por otro lado, los Estados Unidos establecen su dominio de manera imperialista a través de la coacción económica y de la agresión militar si ello es necesario.

En este contexto analiza Haug el fenómeno denominado “Chimerica”, que hace referencia a las paradójicas relaciones de poder entre Estados Unidos y China, dos potencias mundiales radicalmente opuestas a nivel político e ideológico. Los flujos comerciales chino-americanos manifiestan relaciones que son, por un lado, de mutua oposición y competencia, y por otro lado, de dependencia y complementariedad. La simbiosis entre ambos países es resultado de los procesos de neoliberalización de la economía norteamericana y de reforma política en China, los cuales tuvieron lugar de manera prácticamente simultánea. El gobierno chino tomó durante un tiempo la decisión estratégica de subordinarse a la intereses del capital global, desplegado bajo la égida de los Estados Unidos. Pero de este modo se preparaba el golpe de mano que iba a erigir a China en actor indiscutible de la geopolítica mundial.

En este proceso, China se convirtió en uno de los principales destinos de la inversión estadounidense y en ella se produjo un enorme proceso de acumulación de capital de las grandes empresas norteamericanas. Éstas trasladaron a China su producción debido a los bajos costes salariales, y las mercancías allí producidas eran compradas de vuelta en los Estados Unidos. Pero como consecuencia a la disminución de los salarios reales, la capacidad de compra estuvo basada sobre todo en el crédito. Lo decisivo en este proceso fue que el superávit comercial chino se dirigió a la adquisición de deuda pública de Estados Unidos, sufragando con ello las cantidades ingentes de dólares gastadas en el consumo por la población norteamericana. De este modo, las inversiones del gobierno chino permitieron solventar los problemas de sobreacumulación de Estados Unidos, pero lo que ello significaba era que en realidad China estaba financiando el consumo de la población americana. La compra masiva de dólares, fuertemente devaluados por la política económica exterior a la que se vieron obligados los Estados Unidos, hizo que China acumulara una enorme reserva de dólares, aumentando con ello su interés en la estabilidad de la divisa mundial. El hundimiento económico de Estados Unidos y la consiguiente devaluación de su deuda pública tendría efectos enormemente destructivos sobre la economía de China en tanto que principal acreedor, incrementándose de este modo la simbiosis entre ambos países.

“Chimerica” funcionó así como motor de un ciclo económico en el que el consumo basado en el crédito alimentaba el crecimiento del capital global. Las condicio-

nes de la sociedad postindustrial obligaron a Estados Unidos a vivir de fiado, teniendo que gestionar desde esta posición debilitada su papel como potencia económica. Puesto que este proceso expansivo estaba sostenido sobre la emisión de deuda, se estableció un círculo vicioso que tenía que desembocar necesariamente en la crisis financiera global. El alto nivel de sobreendeudamiento no podía evidentemente mantenerse en el tiempo, y el estallido de la crisis financiera supuso el hundimiento del consumo. La laminación del tejido industrial estadounidense agudizó el drama en el que se vio progresivamente inmerso el país, con la destrucción masiva de puestos de trabajo en la industria que generó el proceso de deslocalización. Esta situación, junto con las enormes deudas acumuladas por Estados Unidos, precipitaron la crisis global, lo que obligó a su vez a cerrar multitud de fábricas en China y al despido masivo de trabajadores, poniendo en tela de juicio el modelo “Chimerica” sobre el que se había sostenido la economía global. Lo que se hunde con ello es igualmente el modelo neoliberal, basado en la privatización y en la deslocalización.

Haug desvela como mera propaganda los planteamientos fundamentales del neoliberalismo, tales como la racionalidad del mercado y la afirmación del crecimiento sostenido de la economía, que han dominado de manera indiscutida en las últimas

décadas. La crisis ha mostrado una vez más el carácter destructivo e inhumano del capitalismo, cómo va de una catástrofe a otra, siendo cada una peor que la anterior. Ciertamente ha entrado en crisis también el movimiento obrero, que en el pasado constituyó la fuerza fundamental de las protestas sociales contra el capitalismo desbocado. Pero una nueva forma de rebelión se dibuja en el contexto de la crisis del capitalismo tecnológico, la de los movimientos globales de la red posibilitados por la tecnología de internet. Haug considera que la crisis ofrece precisamente las vías de desarrollo alternativas para superar el capitalismo, si bien para ello las condiciones objetivas de dicha superación tienen que ser incorporadas en la conciencia de las personas sometidas a su potencial destructor. Es preciso tomar conciencia de que la solución pasa necesariamente por sustituir el crecimiento por la sostenibilidad, la maximización del beneficio por la justicia distributiva, y una democracia ajustada al mercado por un mercado ajustado a la democracia. Se trata, en definitiva, de rechazar el dogma del crecimiento y de encontrar una articulación adecuada del mercado, la sociedad y el Estado que permita finalmente ir más allá del capitalismo.

César Ruiz Sanjuán
UCM